

La liturgia de la voz que busca a Dios

Elaborado por Redacción Cultura

Diario *El Comercio*, Quito, Sábado 5 abril 2008: 24.

Sobre la estructura de la misa católica levanta su palabra Raúl Vallejo, devenido poeta en *Missa Solemnis*, el hondo libro de carácter religioso que escribió en memoria de su madre, Aida Corral de Vallejo.

No es, como dice el fino crítico Simon Espinosa, un caso de poesía mística: es religiosa. No es un verbo salido de la misteriosa experiencia de ser uno con Dios, de ser uno con todo, en Dios, que es el caso del poeta místico: es una palabra que se acerca, desde fuera, a lo sagrado, una palabra lanzada para unirse con el otro, para re-ligarse con algo después del brutal golpe de la muerte.

Se inicia el libro con una reescritura de Magnificat, abierta con un “ego sum”: “Soy solo una mujer que no ha conocido varón / entregada a la voluntad de Aquel que todo lo puede”. Luego, la Madre se sitúa en el mundo, adolorida: Yo, la que llora sin consuelo la sangre de los inocentes / derramada con la violencia del Imperio por la causa del Hijo”. Al final, es una voz esperanzada en el triunfo de la libertad: “porque el Reino llegara y la memoria guerrera / regará la semilla de nuestra tierra de paz”.

En el Kyrie, Vallejo glosa el texto brevísimo que pide perdón a Dios y cierra cada fragmento con una epifanía: “Señor, ten piedad de tu exilio en esta tierra”. “Cristo, ten piedad de tu condición de Hijo único”, “Señor ten piedad de tu soledad de Dios.”

El Gloria es uno de los momentos de mayor vuelo de Vallejo en su libro. En el primer segmento de dos, basado en el “¡Gloria a Dios en los cielos!”, el poeta termina con una imploración: “Yo sé que estás sin que estés. / ¡Responde, *Abba*, a los creemos sin ver!”

En la siguiente (¡Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!), reflexiona con lucidez: “Porque Tú habitas en donde están el hombre / y la mujer que se complementan en la piel de cada día”.

El Credo es, al final, un credo de escritor, de condenado a las palabras: “Creo en el milagro de las lenguas / confundidas por la soberbia de Babel / espíritu de la vida nueva, fuego del cenáculo, celebración de Pentecostés que nos abrasa / palabra que se esparce en la Naturaleza / presencia que sana la herida original / aliento para quien clama por perdón / lenguaje que nos convierte humanos / poesía que da su numen a la voz de los profetas.”

Santo es el Señor, sabe el poeta, y teme: “Ay qué será de mí y de mi palabra en esta tierra de infieles / habitáculo de mi corazón bañado de arrogancia”. Luego admite, humilde ante el dios: “Soy el que te acompaña sin atreverse a pronunciar tu nombre”.

En el Padrenuestro, “La cruz del Hijo me devuelve a la palabra Padre”. Luego, ante el misterio del nombre del Padre, rogará: “Hazte cargo de mi / tu huérfano

extraviado en sus propias palabras”.

Agnus Dei: Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros. El poeta, adolorido de mundo y vida, pide auxilio y lo halla: “Ansío el alimento tu cuerpo / pan del milagro, tu presencia sin fin”. “El vino y el pan de la Nueva Alianza / entran en mí y arde mi yo contigo”.